



## **Boletín de Noticias NS**

**NSDAP/AO : PO Box 6414  
Lincoln NE 68506 USA  
[www.nsdapao.org](http://www.nsdapao.org)**

#1159

01.06.2025 (136)

# **Hitler en guerra : ¿Qué ocurrió *realmente*?**

por A.V. Schaerffenberg

## **Parte 6**

### **Capítulo 5: Polvorines checos y polacos**

*"Cuatro periódicos hostiles son más de temer que mil bayonetas."*

Napoleón Bona-  
parte

Los historiadores suelen citar el Tratado de Versalles, que puso fin a la Primera Guerra Mundial, como el principal responsable del siguiente conflicto mundial. Firmado bajo coacción por políticos alemanes pusilánimes, no fue otra cosa que el saqueo legalizado de un pueblo derrotado. Naturalmente, los Aliados victoriosos consideraban que sus motivos para haber ido a la guerra eran puramente defensivos, por lo que el enemigo postrado era el único culpable de provocar las hostilidades. Nunca se mencionó en los salones de Versalles la política *de revancha* que había dominado a Francia desde su humillación en Sedán en 1871; la tradicional política de Inglaterra de guerrear contra la primera potencia del continente,

sin importar quién fuera, para asegurar su propio predominio; y el deseo de Rusia de unir a los eslavos bajo el zar apareciendo como su salvadora en Serbia. El único "delito" de Alemania antes de la guerra había sido convertirse en un competidor industrial. Fue su nueva riqueza lo que motivó a las corporaciones que elaboraron los tratados de 1918, cuando robaron los yacimientos de carbón de Alemania, dejando a su pueblo congelado y hambriento, y les impusieron unas reparaciones tan severas que les condenaron a un empobrecimiento perpetuo. De ahí la necesidad económica de hacer a los alemanes los únicos responsables de la "Gran Guerra".

El Tratado de Versalles no fue más que un documento formal redactado para encubrir el saqueo de un enemigo vencido. Los criminales internacionales que lo diseñaron agravaron su villanía al unir un continente europeo fragmentado por la guerra y la revolución a partir de los restos disgregados del Imperio Austrohúngaro y la Alemania Imperial. En su avaricia, venganza e ignorancia, los responsables del tratado repartieron regiones enteras de pueblos no relacionados entre sí y a menudo antitéticos entre nuevos Estados creados artificialmente. Millones de polacos, alemanes y húngaros se encontraron de repente en Checoslovaquia; más alemanes en Polonia y Lituania, con otros miles de polacos en Hungría, húngaros en Rumanía, etc., etc. Sólo en los Sudetes, 2.800.000 alemanes étnicos habían quedado varados detrás de la frontera checa, aislados de su patria y bajo la autoridad de un gobierno extranjero abiertamente hostil. Unas 625 millas cuadradas de territorio polaco ocupado por más de un cuarto de millón de polacos fueron entregadas a Checoslovaquia. Hungría perdió 7.500 millas cuadradas de territorio con 775.000 de sus habitantes, igualmente sin su consentimiento.

A modo de comparación, si Estados Unidos hubiera perdido una guerra y se hubiera visto obligado a ceder, digamos, Washington, Montana o Idaho, con sus poblaciones estadounidenses, a Canadá, o California, Texas y Arizona a México, nuestro país se habría encontrado en una situación análoga a la que Alemania, Polonia y Hungría afrontaron tras la Primera Guerra Mundial. Y cada vez que los alemanes, polacos o húngaros residentes se oponían a las condiciones, a menudo brutales, que se les imponían, sus protestas eran "aplastadas sin piedad por el Gobierno de Praga del Presidente Benes"(Chant, 5). Como observó el general Leon DeGrelle, era inevitable que semejante desorden acabara estallando en un nuevo conflicto internacional, con o sin Hitler.

A partir de 1933, los alemanes de los territorios aislados del Reich, donde el Führer había restaurado el orgullo nacional, anhelaban volver a unirse a su patria. En Sudetenland, la minoría alemana votó en más de un 90% a favor de regresar al Reich en un plebiscito supervisado por observadores internacionales. Cuando, en mayo de 1938, el gobierno checo siguió negándose a permitir que los sudetes re-

gresaran a su propio país y movilizó sus fuerzas armadas, Hitler amenazó con llamar a la Wehrmacht. Para entonces, ya era consciente de la determinación de los Aliados de hacerle la guerra, de una forma u otra, a pesar de todos sus esfuerzos de entendimiento internacional. Alemania no estaba realmente preparada para el combate, pero tampoco lo estaban Francia o Inglaterra... todavía. Sin embargo, a su ritmo de rearme, supondrían una amenaza militar abrumadora en pocos años más. Por ejemplo, la RAF gastó más en rearme que todas las fuerzas armadas alemanas juntas durante la década de 1930. El Reich sólo podía esperar defenderse con éxito de los Aliados antes de que éstos fueran demasiado fuertes para resistir. En consecuencia, el Führer informó a sus comandantes de que si la cuestión de los Sudetes no se resolvía antes del 1 de octubre, debían iniciar operaciones armadas contra Checoslovaquia.

Con Europa al borde de la guerra, sólo un hombre con la autoridad personal y la habilidad diplomática de Benito Mussolini podía salvar la paz. Convocó una reunión de emergencia de última hora de cuatro potencias en Munich. Dominando el inglés, el francés y el alemán, hizo comprender a todos los delegados que la reunificación de los Sudetes con su patria natural era la única forma de evitar las hostilidades, a pesar de la incesante agitación de la prensa internacional. Mientras tanto, Edward Benes, el publicitado líder de Checoslovaquia, era representado en todo el mundo en la prensa, los noticiarios y los programas de radio como la noble y lamentable víctima de la rapacidad fascista y la intimidación aliada. "Al mismo tiempo", observó el historiador Peter Gryner desde la perspectiva de setenta años, "el Dr. Benes, el presidente checo política y moralmente débil, que no tenía estómago para la guerra, dimitió y huyó a Francia con 10.000 dólares [donados por los soviéticos] en el bolsillo" (48).

Sólo dos días antes de que la Wehrmacht invadiera Checoslovaquia, se firmó el Pacto de Munich. El Duce, habiendo salvado a Europa del suicidio, regresó a Roma con un merecido triunfo de héroe, y los Sudetes volvieron a su Reich sin incidentes. Mientras tanto, Churchill, refiriéndose a sí mismo y a sus compañeros belicistas en el "Focus", se quejaba: "Hemos sufrido una derrota total y sin paliativos" (Innes, 13).

Pero los humillados políticos checos descargaron sus frustraciones en otros pueblos extranjeros que el Tratado de Versalles aún dejaba bajo su control. Los eslovacos y los rutenos húngaros sufrieron una amarga opresión y pidieron a Adolf Hitler el mismo tipo de ayuda que había dado a los Sudetes. Cuando se enteró por su SD de que los checos estaban construyendo en secreto bases aéreas para bombarderos soviéticos capaces de atacar objetivos alemanes en los 30 minutos siguientes al despegue, se apoderó de Checoslovaquia, dividiéndola en Bohemia y Moravia, nombres por los que estos países habían sido conocidos durante siglos

antes del Tratado de Versalles. Un vistazo a un mapa posterior a la Primera Guerra Mundial muestra cómo este Estado sintético se adentró en territorio alemán como una daga clavada para mantener a Alemania perpetuamente paralizada.

"Checoslovaquia" fue una creación artificial de políticos franceses y británicos que no sabían nada de la región que pretendían reconstituir. De hecho, su verdadero objetivo al crear Checoslovaquia de la nada era mantener a Europa Central en constante agitación (es decir, en la impotencia). Hitler desmanteló inmediatamente este artificio subversivo y lo reconstruyó siguiendo líneas naturales; en otras palabras, se permitió a las poblaciones étnica, lingüística y culturalmente relacionadas formar sus propias comunidades. Concedió la libertad a los eslovacos bajo el monseñor católico Josef Tiso y permitió a Hungría reunirse con sus compatriotas separados en Rutenia. Al describir la crisis checa, los historiadores de la corriente dominante casi siempre omiten atribuir a Hitler la libertad que concedió a estas minorías no alemanas, incluidos los polacos de Teschen, a los que también permitió regresar a su patria. El acuerdo que él y Mussolini negociaron "dio a Polonia la frontera común con Hungría que había deseado durante años" (Innes, 35). En abril de ese mismo año, los pilotos polacos desfilaron triunfalmente junto a los aviadores de la Luftwaffe por Madrid al concluir victoriosamente la Guerra Civil española. Trágicamente, sólo cinco meses después, volarían unos contra otros.

El primer triunfo diplomático de Hitler había sido un pacto de no agresión con Polonia en 1934, seguido en los años siguientes por propuestas secretas de una alianza militar para proteger a Europa contra los soviéticos. En enero, el ministro del Reich, Dr. Joseph Goebbels, causó una impresión agradable y muy favorable a los líderes del gobierno de Varsovia, y los dos países se acercaron notablemente. Como observó Watt, "la visita fue un éxito"(325). Al año siguiente, el mariscal Pilsudski recibió a Hermann Goering, que propuso una alianza militar contra Rusia. Tras la derrota de ese país, Polonia recibiría toda Ucrania. Esta unión germano-polaca habría creado una fuerza conjunta demasiado poderosa para los aliados occidentales o la URSS, y habría frustrado los planes de Churchill y sus secuaces belicistas.

La propuesta de Goering fue uno de los grandes puntos de inflexión de la historia moderna. De haber sido aceptada, el curso de los acontecimientos se habría alterado drásticamente y el coloso comunista habría sido derrocado. Además, la Unión Soviética se encontraba en aquel momento en una situación política y militar desastrosa, debido a las paranoicas purgas de altos cargos de las fuerzas armadas y el politburó llevadas a cabo por Stalin. Una invasión de la URSS por fuerzas alemanas y polacas a finales de 1930 habría tenido muchas más posibilidades de éxito que la Operación *Barbarroja* en 1941. Para entonces, el Ejército Rojo ya estaba preparado para atacar a Alemania. Si Pilsudski hubiera aceptado la generosa

oferta de Goering, Polonia podría haber surgido como una potencia europea verdaderamente importante, y evitar su terrible destino por venir. En lugar de ello, el mariscal continuó entregándose al peligroso juego de enfrentar a los alemanes con los rusos, fingiendo que su país ya era la potencia de Europa, ignorando su precaria posición entre el Tercer Reich y la Unión Soviética. En lugar de ponerse razonablemente del lado de un Estado contra el otro, optó por manipular a ambos, y su país fue aplastado entre ambos.

Aun así, Hitler continuó expresando una sincera admiración tanto por Pilsudski como por la modernizada Polonia, declarando en mayo de 1935 ante el Reichstag: "Reconocemos con la comprensión y la amistad sincera de los verdaderos nacionalistas, al estado polaco como el hogar de un gran pueblo con conciencia nacional". Al mes siguiente, representantes alemanes y polacos iniciaron conversaciones que condujeron seis meses más tarde a un acuerdo comercial. Como señaló Watt, "este tratado era extremadamente importante para Polonia en la medida en que Alemania era, con diferencia, el mercado de exportación más importante de Polonia. En el pasado, Alemania había podido causar considerables estragos en la economía polaca aplicando cambios arbitrarios en los aranceles o cuotas sobre las importaciones procedentes de Polonia. Este nuevo acuerdo otorgaba a Polonia el estatus de nación más favorecida y resolvía una serie de disputas económicas entre ambas naciones" (327).

Estas relaciones ejemplares, junto con la creciente amenaza de la Rusia soviética, fueron ganando poco a poco a los polacos para que reconsideraran la alianza militar propuesta por Goering. Como muestra de sus intenciones pro-Reich, el gobierno de Varsovia envió aviones polacos a volar con su *Legión Cóndor*, en España. Sólo ocho meses antes del estallido de la guerra, Hitler le dijo sinceramente a Josef Beck durante la visita del ministro de Asuntos Exteriores polaco a Berchtesgaden el 5 de enero de 1939: "Alemania estaría muy interesada en que siguiera existiendo un estado polaco fuertemente nacionalista, por lo que pudiera ocurrir en Rusia .... Aparte de eso, la existencia de un fuerte ejército polaco aligeraba considerablemente la carga de Alemania. Las divisiones que Polonia mantenía en su frontera con Rusia evitaban a Alemania una carga militar similar" (Innes, 31).

Mientras tanto, los instigadores internacionales, profundamente frustrados por la victoria de Mussolini en favor de la paz en Checoslovaquia, buscaron otro punto conflictivo para reavivar las hostilidades. Lo encontraron en Danzig. Al igual que Sudetenland, la ciudad medieval había sido separada de su matriz alemana por los odiosos chapuceros de Versalles veinte años antes. Sus ciudadanos también clamaban por la reunificación con su patria, ahora que era un orgulloso Estado nacionalsocialista. Pero estaban conectados por el dispositivo imposiblemente artificioso de un delgado corredor hasta la frontera prusiana oriental. Un millón y medio de

alemanes habían quedado atrapados en Polonia por el Tratado de Versalles.

Para resolver amistosamente el dilema, Hitler ofreció financiar la construcción de una autopista y un ferrocarril que conectaran Danzig. A cambio de un mayor acceso a la antigua ciudad alemana, estas construcciones serían gravadas por los polacos, que también explotarían su propio ferrocarril hasta Danzig, donde se protegerían y preservarían todos sus derechos económicos. Polonia obtendría unos beneficios considerables y continuos sin comprometer su soberanía territorial. "En este momento", declaró en el sexto aniversario de la toma del poder por los nacionalsocialistas, "casi no hay diferencias de opinión entre nuestros Estados amigos y pacíficos sobre la importancia de este instrumento (el Pacto de No Agresión germano-polaco de 1934) .... El año pasado vimos cómo la amistad entre Alemania y Polonia demostraba su valor como garantía de paz en la vida política de Europa" (Innes, 33); es decir, la contribución de Polonia a la resolución de la crisis checa.

Las negociaciones sobre Danzig se desarrollaron cordialmente, sin urgencia, a partir de octubre de 1938, y Hitler confiaba en un resultado mutuamente satisfactorio. Sin embargo, se llevó una desagradable sorpresa cuando Josef Beck rechazó fríamente su invitación a unirse al Pacto Anticomintern apenas once días después de Berchtesgaden, donde ambos gobiernos se inclinaban hacia dicha alianza. Respaldata por el poderío militar combinado del Tercer Reich, la Italia fascista y el Japón imperial, Polonia se habría ahorrado cualquier otra inquietud respecto a las ambiciones soviéticas en su frontera rusa. Cuando el embajador alemán de Asuntos Exteriores visitó Varsovia para celebrar el quinto aniversario del Pacto de No Agresión germano-polaco, los polacos se negaron a mencionar Danzig y recibieron a la delegación alemana con una fría formalidad.

En marzo, el gobierno de Varsovia puso fin a toda discusión sobre Danzig rechazando de plano las generosas propuestas del Führer, con las que los polacos iban a ganar mucho económica y especialmente militarmente. Les expuso la situación a través de su embajador: "el acuerdo germano-polaco no podría sobrevivir sin que Polonia mostrara 'una actitud clara y antisoviética'. Polonia debe entender que tiene que elegir entre Alemania y Rusia" (Innes, 35). Ese mismo mes, el hasta entonces amistoso Beck le dijo a su colega diplomático, el conde Szembek, "conocemos el límite exacto de nuestros propios intereses... más allá de ese límite, Polonia sólo puede anunciar un *non possum* ('no podemos'; alegato de incapacidad; negativa). Es muy sencillo: Lucharemos". La determinación de Beck habría resultado chocante para Hitler, que seguía contando con Polonia como un aliado vital contra el comunismo soviético, y no podría haber adivinado que el brusco cambio de actitud polaco había sido urdido por un diplomático extranjero.

William C. Bullitt, el agente confidencial del presidente Roosevelt en Europa,

fue un alto funcionario del gobierno ya en la administración Wilson durante 1919, cuando abogó por el reconocimiento estadounidense de la Unión Soviética. Su recomendación fue universalmente rechazada por el Congreso, después de que las investigaciones parlamentarias revelaran que la URSS no era más que una sangrienta tiranía impuesta al pueblo ruso por gánsteres judíos internacionales. Desanimado por tal veredicto, abandonó la política, pero fue readmitido por F.D.R. como primer embajador de Estados Unidos ante los soviéticos tras el reconocimiento de la URSS, la primera acción internacional de Roosevelt al asumir la presidencia. El procomunismo de alto nivel de Bullitt y su intolerancia del fascismo lo calificaron como una de las herramientas más valiosas de los judíos para dismantelar las relaciones normales entre las naciones gentiles.

Viajando por Europa del Este, utilizó sus dotes diplomáticas naturales y sus impresionantes credenciales como representante personal del Presidente para convencer a los funcionarios polacos. Bullitt les instó a obligar a los alemanes a abandonar Danzig. La guerra llegaría inevitablemente, pero para entonces Gran Bretaña y Francia invadirían el Reich desde el oeste, con el Führer atrapado en medio. Polonia recibiría el resto de Alemania oriental como parte del trato. Todo lo que tenían que hacer los polacos era provocar a Hitler para que atacara y retenerlo el tiempo suficiente para que británicos y franceses acudieran en su rescate. Cegados por la codicia y la arrogancia, los ingenuos dirigentes de Varsovia apostaron la existencia de su país a las garantías de políticos extranjeros para quienes Polonia no era más que un expediente para la guerra que estaban decididos a fomentar en algún lugar, de alguna manera.

Tras sembrar la semilla del conflicto en Polonia, Bullitt se deslizó hasta Francia, donde aseguró a los oficiales franceses que Estados Unidos respaldaría cualquier guerra que emprendieran contra Alemania. Al cabo de un año, cuando su país estaba siendo sometido a golpes por la Wehrmacht, el Primer Ministro de Francia, Edouard Deladier, emitió su famoso llamamiento a Estados Unidos, pidiendo las "nubes de aviones de guerra" prometidas por Bullitt. Una semana después, los alemanes entraron en París.

Bullitt se dirigió a Londres, donde se entrevistó con el Primer Ministro británico. En 1941, poco antes de morir de cáncer, y en medio de la Segunda Guerra Fratricida de Europa, Neville Chamberlain confesó que "Inglaterra nunca habría entrado en guerra por Polonia sin la constante insistencia de Bullitt y los judíos" (Forrestal, 178). Chamberlain no era amigo del Reich, pero deseaba sinceramente evitar la guerra, al menos por el momento, ganando tiempo hasta que las fuerzas armadas británicas estuvieran suficientemente desarrolladas para desafiar a la Wehrmacht. Había sido engañado por Ian Colvin, un periodista virulentamente antialemán del *News Chronicle*. Colvin fue el responsable de cambiar por sí so-

lo la política polaca británica al mentir al Primer Ministro el 29 de marzo que el Führer estaba preparado para atacar Polonia a la primera oportunidad disponible con un plan preestablecido. "Sin embargo, el plan de contingencia (el *Caso Blanco* de Hitler) se activó ahora como *resultado* de la garantía británica" de luchar por Polonia (Irving, *Goebbels*, f.293). Mediante este engaño, Colvin "inclinó la balanza hacia la guerra".

Las "democracias" occidentales habían dejado claro a Hitler que estaban decididas a hacerle la guerra, pero él aún esperaba que se pospusiera lo más posible. Aun así, si las hostilidades tenían que llegar, las prefería en sus propios términos, cuando Alemania tuviera más posibilidades de éxito. Con el rearme aliado avanzando a toda velocidad, el tiempo jugaba en su contra. Por ejemplo, en 1939, el año en que comenzó la guerra, el gobierno francés estaba gastando más que Alemania en armamento, mientras que su gran fuerza aérea estaba más financiada que la Luftwaffe de Hermann Goering. Desde febrero de 1934, según el periodista estadounidense Douglas Brinkley, París gastaba mil millones de francos anuales sólo en su fuerza aérea (68). Cinco años más tarde, contaba con más de 3.000 aviones, algo menos que la Luftwaffe, pero combinados con las fuerzas aéreas polacas, holandesas y británicas, los alemanes serían superados en número en el aire por al menos tres a uno. En total, las reservas del ejército en Polonia, Holanda, Francia y Gran Bretaña sumaban unos diez millones de hombres, superando en número a las reservas alemanas en una proporción de cinco a uno. En el mar, los Aliados tenían veinte veces más buques de guerra que la Kriegsmarine.

Consciente de la inminente amenaza que suponía para la existencia de su país el armamento furioso de los Aliados, Hitler continuó ofreciendo acuerdos equitativos a los polacos. Su obstinación se había vuelto insufrible, incluso para los británicos y franceses (que estaban dudando sobre las promesas no oficiales de Bullitt de ayuda militar estadounidense), hasta el 27 y 29 de agosto, literalmente días antes del estallido de la guerra. Instaron a Varsovia a negociar con Hitler, pero los polacos se negaron rotundamente, confiando en las garantías confidenciales de Bullitt. Ese mismo mes, cuando el embajador francés sugirió que permitieran la presencia de fuerzas armadas soviéticas en su territorio para defender Polonia, el mariscal Edward Rydz-Smigly, comandante en jefe polaco, respondió: "Con los alemanes, nos arriesgaríamos a perder nuestra libertad. Con los rusos perderíamos nuestra alma" (Innes, 60). Por ceder a los cantos de sirena de Bullitt, perderían ambas cosas.

Pocos días después, el Führer trató de evitar una crisis solicitando la reanudación de las conversaciones directas con el ministro de Asuntos Exteriores polaco. Dijo al embajador británico, Sir Neville Henderson: "En estas circunstancias, el Gobierno alemán está de acuerdo en aceptar la oferta del Gobierno británico de

sus buenos servicios para asegurar el envío a Berlín de un emisario polaco con plenos poderes. Cuentan con la llegada de este emisario el miércoles 30 de agosto" (Innes, 82). En lugar de ello, Beck hizo esperar a los alemanes durante dos días enteros sin darles una respuesta, y luego voló a Londres, donde él y su colega diplomático, el conde Edward Raczynski, firmaron un Pacto de Asistencia Mutua con el Ministro de Asuntos Exteriores británico, Lord Halifax. El acuerdo garantizaba la intervención armada de Inglaterra si Polonia era atacada "por cualquier enemigo extranjero", aunque sólo se citaba a Alemania en un protocolo secreto que no se reveló hasta después de la guerra.

El Führer no se enteró de lo ocurrido hasta que al día siguiente leyó en los periódicos el desprecio prepotente de Beck por cualquier tipo de negociación. Este desplante sin precedentes al líder electo de un país vecino en medio de un llamamiento a la paz fue una provocación deliberada seguida inmediatamente de la movilización polaca y de maniobras militares cerca de la frontera alemana, todo ello con la intención de disuadir a Hitler de atacar. Seis años más tarde, en su testamento, recordaba: "Hasta tres días antes del estallido de la guerra germano-polaca, propuse al embajador británico en Berlín una solución para el problema germano-polaco similar al problema de la zona del Sarre, bajo control internacional. Esta oferta no tiene explicación. Sólo fue rechazada porque los círculos responsables de la política inglesa deseaban la guerra, en parte esperando ventajas comerciales, en parte impulsados por la propaganda promovida por la judería internacional."

Ya en enero anterior, cuando los ánimos de los polacos se agriaron por primera vez contra Alemania, Ribbentrop confió a sus colegas diplomáticos durante su regreso a Berlín: "A partir de ahora, sólo tenemos una opción de acción si queremos escapar del cerco territorial, y es llegar a un entendimiento con los rusos" (Innes, 33). Por su parte, Hitler no permitiría verse rodeado de enemigos. Necesitaba flanquearlos diplomáticamente antes de que empezaran los disparos. Como le dijo a Jacob Burckhardt, el comisionado suizo de la Sociedad de Naciones en Danzig: "Todo lo que emprendo va dirigido contra la Unión Soviética. Si Occidente es demasiado estúpido y ciego para comprenderlo, me veré obligado a llegar a un acuerdo con los rusos". En consecuencia, el 23 de agosto conmocionó al mundo (incluidos sus propios camaradas del NSDAP, algunos de los cuales dimitieron en señal de protesta) al concluir un pacto de no agresión con la Unión Soviética. Fue una medida drástica impuesta por las democracias occidentales que le obligaron a impedir el desarrollo de un segundo frente mediante la normalización de las relaciones con Rusia.

En un discurso pronunciado en el Reichstag casi dos años después, mientras sus legiones se adentraban en la URSS, explicó: "Por tanto, sólo con extrema dificultad me atreví, en agosto de 1939, a enviar a mi ministro de Asuntos Exteriores

a Moscú para oponerme allí a la política británica de cerco contra Alemania". Al hacerlo, venció a Francia e Inglaterra en su propio juego de diplomacia de alto riesgo. Ambos habían cortejado ansiosamente a Stalin para una alianza contra el Tercer Reich, pero el Mariscal prefería un tratado momentáneo con Alemania que le diera un tiempo vital para completar su propio rearme.

En palabras del mariscal del Ejército Rojo Stephanis, "El pacto entre la Unión Soviética y la Alemania de Hitler es sólo temporal. No dejaremos que dure mucho tiempo". Fue secundado por el mariscal Vorsolov, que dijo: "Los alemanes no deben tener ni idea de que nos estamos preparando para apuñalarles por la espalda mientras están ocupados luchando contra los franceses, de lo contrario podrían cambiar su plan general y atacarnos". Nada de esto habría sorprendido a Hitler, que escribió ya en la composición de *Mein Kampf* en 1925: "Los actuales gobernantes de Rusia no tienen la menor idea de entrar honorablemente en una alianza, y mucho menos de cumplirla" (Vol. Dos, Capítulo XIV). Concluyó acertadamente: "Alemania es hoy el próximo gran objetivo bélico del bolchevismo".

Cuando comenzó la guerra con la Unión Soviética, "Hitler parece haberse adelantado por poco a Stalin", según Russell H.S. Stolfi, profesor de Historia de la Escuela Naval de Postgrado de Estados Unidos, en Monterey, California. "Pruebas publicadas recientemente y argumentos particularmente eficaces demuestran que Stalin comenzó un despliegue masivo de fuerzas soviéticas en la frontera occidental a principios de junio de 1941. Las pruebas apoyan la opinión de que Stalin pretendía utilizar las fuerzas concentradas en el oeste lo antes posible, probablemente hacia mediados de julio de 1941, para una Barbarroja soviética. Las declaraciones de los prisioneros también apoyan la opinión de que los soviéticos tenían la intención de atacar a Alemania en 1941. El extraordinario despliegue de las fuerzas soviéticas en la frontera occidental se explica mejor como un despliegue ofensivo para un ataque con movilización total de fuerzas extremadamente poderosas concentradas allí con ese propósito" (Michaels, 21).

Horst Slesina, veterano de los primeros días de la Operación *Barbarroja*, presenció personalmente los preparativos soviéticos para la invasión de Europa. "Por primera vez", recordó los primeros días de la campaña, "nos enteramos de los detalles de la horrible amenaza contra nuestra Patria y toda Europa que suponía el avance del ejército soviético. Vemos por el juego diplomático y militar de la Unión Soviética --y las desvergonzadas exigencias de Stalin y Molotov-- que los jefes del Kremlin creen que ha llegado su hora. Las negociaciones con Inglaterra, el avance de las fuerzas soviéticas hasta las fronteras de Alemania, Finlandia, Hungría y Rumania eliminan las últimas dudas sobre las intenciones soviéticas. El bolchevismo está listo para iniciar la marcha hacia la revolución mundial con un ataque contra Alemania ... Cuando los primeros soldados de infantería (alemanes)

llegaron al Este, fueron descargados y avanzaron hacia la frontera hace algún tiempo, vimos subir gigantescas columnas de rusos, que construyeron sus posiciones cada vez más cerca de la frontera alemana ... Crearon una tupida red en la frontera alemana tras la cual columnas gigantescas e interminables ejecutaron una de las movilizaciones más masivas de la historia de la guerra" (8-11).

Después de la guerra, el Mayor Koskov, Comandante del Ejército Rojo del 24º Regimiento de Infantería, la 44ª División de Infantería, admitió que "los rusos habrían atacado Alemania por su propia voluntad en dos o tres semanas a más tardar" (Johnson, 36). Cuando el Reich y Rusia aún estaban en paz, Stalin se jactó ante los graduados de la Academia Militar de Frunze el 5 de mayo de 1941: "Podemos empezar la guerra con Alemania en los próximos dos meses. Ahora que somos fuertes, debemos pasar de la defensa al ataque". En palabras del traductor al ruso del Departamento de Defensa de Estados Unidos, Daniel Michaels, "los analistas rusos estiman que los alemanes lanzaron su ataque preventivo dos o cuatro semanas antes del movimiento planeado por los soviéticos" (20).

Pero por el momento, Hitler necesitaba un acuerdo, aunque fuera impermanente, con la URSS para evitar una guerra en dos frentes; para mantener al oso ruso a distancia, aunque sólo fuera temporalmente. También pretendía atrapar a los Aliados Occidentales en su propio tratado con Varsovia, concluido el 25 de agosto. En él se especificaba que Gran Bretaña y Francia declararían la guerra a "cualquiera" que invadiera Polonia; aunque Alemania era obviamente el potencial invasor, no se la mencionaba por su nombre, al menos públicamente. Si Alemania y Rusia invadían Polonia, los Aliados estaban obligados por su propio tratado a declarar la guerra a ambos países infractores, algo que sabía que nunca podrían hacer.

Sin embargo, cuando la guerra llegó a Polonia, las democracias mostraron toda su hipocresía al declarar selectivamente la guerra al Reich, pero se abstuvieron de hacer una declaración similar contra la Unión Soviética, cuyas tropas cruzaron a territorio polaco dos semanas después. La perspectiva de que Inglaterra y Francia tuvieran que enfrentarse tanto a Alemania como a Rusia era demasiado para ellos. Aunque no se abstuvieron de declarar la guerra a Alemania, porque estaban obligados por su honor a haber actuado de forma idéntica contra la URSS, al menos expusieron su deshonestidad seminal ante toda la historia.

Por supuesto, nunca tuvieron la intención de acudir al rescate de Polonia, una imposibilidad evidente, en cualquier caso. Los polacos lucharon valiente y tenazmente con todo lo que tenían en la convicción de que británicos y franceses cumplirían sus promesas juradas e invadirían Alemania desde el oeste. Fue esta firme fe en sus lejanos aliados lo que inspiró la defensa polaca de la capital de la nación, incluso después de que dicha resistencia, por muy decidida que fuera, se

hubiera vuelto tan inútil como trágica. Las "democracias" occidentales traicionaron a los polacos, a los que cínicamente no consideraban más que carne de cañón para sus agendas antinazis. Su verdadera actitud fue expresada por Winston Churchill tras la rendición de Polonia, país al que retrató públicamente como "el heroico defensor del derecho y el bien contra las hordas nazis". Amargado tras la derrota de los polacos, los calificó despectivamente de "estúpidos polacos que no sabían luchar". Ese fue todo el agradecimiento que recibieron por proporcionar la guerra que Churchill, et al, exigieron y obtuvieron de ellos.



**NS KAMPFRUF**  
KAMPFSCHRIFT DER NATIONALSOZIALISTISCHEN DEUTSCHEN ARBEITERPARTEI AUSLANDS- UND AUFBAUORGANISATION

Heft 100 19. April 2022 (132)

**Der Kampf geht weiter !**

Siebzig Jahre nach der Kapitulation der Wehrmacht am 8. Mai 1945 ist die nationalsozialistische Bewegung stärker als je zuvor in der Nachkriegszeit. Und zwar nicht nur in Deutschland, sondern auf globaler Ebene. Millionen von Menschen, Verbündete, Verfolgte und Verurteilte haben nicht angeteigt, den Kern der gesamten Idee unseres Heilführers Adolf Hitler zu zerstören.

Alle Nationalsozialisten sind stetig erkennbare Vorkämpfer und Kampfgewinn haben Schüler an Schulen im Kampf um die Erhaltung unserer weißen Völker. Die Bewegung ist zwar stärker geworden, aber die Größe des feindlichen Völkertums ist heute noch viel größer als in der Vergangenheit.

Der unvermeidliche Gegner ist eben dabei, den Völkern – gegen alle weisen Vorkämpfer – zu begegnen. Seine Mittel sind Erziehung, Überhandnahme und Kammerschmuggel.

Ob "legal" oder "illegal", ob in "Walden" oder im "Stromberg", ob mit Propagandamaterial besetzt oder auf einem Schiffsdeck unter der Later Nationalsozialisten ist unser Pflicht!

Heil Hitler!  
Gerhard Lusch



**TROTZ VERBOT NICHT TOT!**



**Boletín de Noticias NS**  
[www.nsdapao.org](http://www.nsdapao.org)  
#1005 19.04.2022 (132)  
NSDAP/AO: PO Box 6414 - Lincoln NE 68506 - USA

Informe frontal  
**Entrevista con Molly**  
Tercera parte

NSK: Sus proyectos actuales están obviamente relacionados con la filosofía y el arte.

Describe tu opinión sobre el impacto de estos temas en la política.

Molly: Damos trato de seguir actualizando la galería de fotos, pero sobre todo me he concentrado en Adolf Hitler y el Ejército de la Humanidad ([www.movingthehorizont.com/truth.htm](http://www.movingthehorizont.com/truth.htm)). Estoy en 21 páginas ahora, y tengo mucho más que hacer. Estudiar la Segunda Guerra Mundial es un absoluto campo de minas de información. Busco información sobre una cosa y te encuentras con dos cosas más para investigar. Se siente un poco como si fueras un arqueólogo, desenterrando el pasado enterrado. Un pasado que prefieren no sacar a la luz. Podemos volver a agradecer a Internet la existencia de información y fotografías. A lo largo de los años han salido a la luz cosas extremadamente raras.




**the NEW ORDER**  
Number 176 (132) Created 2022 April 20, 2022 (132)

**The Fight Goes On !**

Seventy years after the capitulation of the Wehrmacht on May 8, 1945, the postwar National Socialist movement is stronger than ever not only in Germany, but throughout Europe.

Decades of mass murder, expulsion, persecution, and defilement have not sufficed to destroy the seed of the brilliant idea of our much loved Führer Adolf Hitler.

All National Socialists and other racially-aware countenances and racial kinmen fight side by side for the preservation of our White folk.

The movement has indeed become stronger, but the danger of biological folk death is also much greater today than in the past.

The desperate enemy is in the process of committing genocide against all White folk. His means are: war, White immigration, culture denigration, and race-mixing.

Whether "legal" or "illegal", whether in election halls or street battles, whether armed with propaganda material or on a battlefield of a different kind, every National Socialist must do his duty!

Heil Hitler!  
Gerhard Lusch



**TROTZ VERBOT NICHT TOT!**

# ¡El NSDAP/AO es el mayor suministrador mundial de propaganda Nacional Socialista!

Revistas impresas y online en muchas lenguas  
Cientos de libros en casi una docena de lenguas  
Sobre 100 webs en docenas de lenguas



**BOOKS - Translated from the Third Reich Originals!**  
[www.third-reich-books.com](http://www.third-reich-books.com)



**NSDAP/AO**  
**Fight Back!**



[nsdapao.org](http://nsdapao.org)  
Contact us to find out how YOU can help!